

LIBRO I

El Trono vacilante

OBERTURA

Capítulo 1

Muerte emplazada

1312

Pues la muerte está tan cierta,
cuan incierto está su plazo,
para tan cruel reyerta
cada cual esté ojo alerta
como no caiga en el lazo.

Olivier de la Marche
*El Caballero Determinado*¹

"¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto!"

Los cascos de un caballo a la carrera, heraldos de dicha, zozobras o quién sabe qué nuevas tribulaciones para su corazón gastado, rompieron sin piedad la quietud de la tarde en el alcázar.

María de Molina oyó voces destempladas de los guardias y el piafar excitado de la caballería golpeando con sus herraduras el empedrado del patio. Reconoció los síntomas de la tragedia y sintió cómo se le helaba la sangre con sus primeros compases. Los relinchos agónicos, las puertas abriéndose con furia, aquella forma enardecida de gritar el santo y seña. ¡Cuántas veces habían sido preludio de desazones, negro introito para sus miserias!

Notó en su cuerpo la crispación de ese tiempo denso como el miedo, las manos apretadas, la respiración consciente, y recordaba otras esperas impacientes de misivas lejanas o aguardando la novedad de la guerra, aquellos paseos interminables entre las almenas de un torreón, mientras observaba a las caballerías cubiertas de vaho en invierno o espuma de sudor si era verano y se

¹ Este libro de caballería borgoñón fue lectura de cabecera de Carlos V y tuvo una gran influencia en la literatura española del Renacimiento. La traducción es de 1533, la primera que se hizo en castellano, en una edición de Amberes cuyos ejemplares, de preciosa factura, son hoy muy raros.

preguntaba si las nuevas le traerían gozo o traición, triunfo o derrota, al tiempo que rechazaba al señor del castillo y a sus propias damas cuando le rogaban "por Dios Señora, os lo suplicamos, entrad y esperad dentro".

Ya se acercaba el heraldo, ya podía oír el torrente de preguntas de los guardias entre parcas respuestas del desgraciado. Y adivinar un sordo quejido de mujeres al fondo, un llanto antiguo y ritual que le reveló lo que más temía. Antes de que la batahola de voces y ruidos metálicos se detuviera en el dintel de su puerta, la reina escuchó la noticia en la planicie de su mente alerta.

El rey era muerto.

No se movió, no hizo gesto alguno. No había escape al edicto que se desplegaba funesto ante lo que le quedaba de vida. Su hijo estaba ya rindiendo cuentas ante el Creador. Un final inoportuno, injusto para sus desvelos de viuda, cruel. Que sucedía cuando las cosas empezaban a enderezarse.

Fernando tenía veintisiete años y la muerte no debió arrebatarlo tan temprano. El tiempo odioso del reyezuelo voluble había pasado. Había superado los estragos de la molicie y vencido los malos hábitos de su conducta. Ya conseguía -a duras penas, eso sí- domeñar su natural violento y sujetar las frecuentes iras. Prestaba -por fin- más atención a sus advertencias que a las taimadas consejas de los intrigantes. Había abandonado los turbios favores que de continuo le obligaban a tramar y romper pactos con los poderosos, dejándole a ella el papel de eterna conciliadora.

Con la revuelta de Granada demostró que valía para el oficio de rey. Cuando tras ocho años de retrasos empezó la campaña, se acabaron las juergas sin freno, los banquetes hasta el amanecer y las francachelas con mozos de su edad y doncellas de las aldeas. Fernando IV de Castilla y León, biznieto de San Fernando, logró incluso que el rey Jaime de Aragón se uniera a sus planes y que los grandes castellanos, olvidando banderías y enemistades, hicieran piña bajo su mando. Era el premio mejor a sus desvelos de madre y un tributo que la viuda de Sancho IV ofrecía al reino, poniendo a su hijo al frente de un verdadero ejército en vez de verlo reunir partidas de sicarios a la caza de nobles rebeldes para robarles la hacienda.

Lo vio partir la última vez desde la torre del alcázar acompañado de los maestros, rodeado por su mesnada y envuelto en una densa nube de polvo. Cuando cruzó el Portillo de la Magdalena, María sintió el placer de haber triunfado. Al cabo se había impuesto sobre su débil voluntad y hacerle ver el apremio de reconquistar la patria².

Pero Fernando apenas pudo empezar la soñada campaña. Ya había puesto sitio a la villa de Alcaudete y se disponía a dar el golpe final, cuando antes de pasar la primera luna se sintió débil y tuvo que retirarse a Jaén. Animado por una súbita mejoría, celebró un banquete en el que bebió y comió sin freno. Murió aquella noche, entre vómitos de sangre.

Con él se iban las ilusiones, la esperanza desvanecida de un tiempo mejor. Ahora todo se disolvía en el aire como humo de hojarasca, asfixiándola.

La tozudez de la puerta cedió al fin y entre los guardianes distinguió a un hombre contrito y cubierto de polvo, con la cabellera enmarañada por el sudor. Cuando el emisario vio el rostro blanco de la reina y contempló la angustia de sus ojos, se arrojó al suelo. No quería pronunciar las palabras aciagas sosteniendo su mirada.

No pudo.

Sólo un llanto quejumbroso y entrecortado le salió de la garganta. Nada se movía en el sepulcro de la sala.

- Lleváoslo y que se ocupen de él.

² Acuñada por los visigodos tras independizarse del Imperio Romano, la *Patria Hispana* fue una realidad política trascendental que supuso el nacimiento de la nación española como reunión de pueblos bajo un mismo gobierno. En su origen etimológico conviven el concepto germánico *padre/terra* con la noción latina de *madre/nación*. Esta sublime paradoja semántica expresa en fecundo matrimonio ideológico la idea de "tierra padre aglutinadora", como en el alemán actual. El sueño de recuperar esa patria goda, arrebatada por los musulmanes y que abarcaba toda la Península, fue meta común de todos los reinos hispánicos neogóticos durante ochocientos años de Reconquista y una aspiración constante de los monarcas y caballeros de la Edad Media.

Los guardias tomaron al atribulado hombrecillo por los brazos y lo arrastraron fuera de la estancia. Don Tello, el viejo alcaide que llevaba más de treinta años junto a la reina, se acercó a su estrado con cara descompuesta.

- Mandad, Señora.

María de Molina se levantó pesadamente mientras cerraba el libro de horas que abierto sobre el escabel parecía proclamar su inútil serenidad. Un frío interior se había apoderado del cuerpo de la reina hasta entumecerle los miembros, dejando sólo pesadumbre y certeza ante la muerte. Otra vez, la odiosa muerte aniquiladora y sus miserias. Una vez más, acabar para empezar de nuevo.

- Qué quieres que mande, mi buen Tello. Que los ojos de mi hijo vuelvan a abrirse y que su boca me diga madre otra vez. Que el día de hoy no exista. Que Dios escuche mis plegarias y me envíe tormentos, pero no a mi reino. Habría tantas cosas que quisiera mandar.

No solía la reina confesar sus deseos íntimos a casi nadie, pero con el viejo Tello era ya una costumbre. El hombre escuchaba cabizbajo, entreteniendo su almófar³ con las manos mientras dejaba caer de sus ojos un manso caudal que goteaba en su jubón formando medallones de dolor.

La reina no lloraba. Recordaba.

Venían a su cabeza imágenes de la última vez que tuvo ilusiones, cuando al fin llegó a creer que Fernando podría ser un rey querido de manera natural y respetado por todos, como lo era ella. No hacía tanto. Ni siquiera un año había pasado desde que fueron todos a Calatayud, felices y esperanzados, para celebrar las bodas concertadas de sus hijos Pedro e Isabel con infantes de la Casa de Aragón y reforzar así los vínculos de los reinos con unos esponsales que prometían paz, prosperidad y algún respiro.

Aquel hermanamiento tan querido, el calor de las gentes en todos los lugares que atravesaban, los aplausos constantes, habían sembrado su ansia de

³ Especie de verdugo o cofia de fina malla metálica, que se ponían los caballeros bajo la celada y los soldados bajo el almete o morrión. Estando de guardia, se llevaba puesta sin otro recubrimiento. Aquí, Don Tello se la ha quitado como signo de respeto hacia la reina y movido por su sentimiento de orfandad ante la noticia.

buenos presagios. Tras los afanes por conseguir lealtad a la joven corona de su hijo y los desvelos por que lo respetaran, todo parecía construirse poco a poco, a pesar de muertes y de traiciones. La propia Naturaleza, la vida en su instinto seguía su curso por encima del humano error, y en aquellos días gozosos la reina Constanza parió un hijo varón, robusto y hermoso, a quien pusieron de nombre Alfonso.

Su primer nieto.

En Castilla hubo regocijo además de bodas. Otra vez el trono tenía heredero. Pero debía estar escrito que no fueran tiempos de dulzura sino de mudanza y sobresaltos. El sosiego nunca duraba, la felicidad no era más que un fugaz espejismo.

Fue el propio Fernando quien destruyó la armonía de Calatayud con sus siniestros planes. El rencoroso monarca se había propuesto acabar con la terquedad conspiradora de su tío el Infante Don Juan y esperaba la ocasión propicia. La ficción de felicidad familiar acabaría en drama, como a él le gustaba, y sería además el fin del infame. Para siempre.

Tuvo que ser ella una vez más, quien dándose cuenta de las intenciones de su hijo, alertó al cuñado. El infante huyó y al punto le siguió una desbandada de nobles que bien eran cómplices o aliados suyos, o simplemente temían la furia del irascible Fernando. Salvando por segunda a vez a quien más daño le hacía, ella misma precipitó la desgracia que vino luego.

Con su víctima lejos y a salvo, la cólera del rey parecía no tener límite. Golpeaba lo que encontraba a su paso, daba grandes voces y despachaba comida, papeles y emisarios a puntapiés. Con ánimo amargo y resuelto a ser más estricto, volvió a Castilla.

Pero el destino urde su trama sutil con hilos de la voluntad humana.

Un suceso fortuito vino a tentar el carácter del monarca y demostrar cuán hondo era el abismo infrahumano de su rabia, qué larga su disposición a la venganza, cuánta su ferocidad. Y cómo al fin todos los vicios encuentran castigo y los desmanes justicia incluso para un todopoderoso rey.

Resultó que un día tras despachar con Don Fernando en Palencia, fue muerto a la salida del palacio un caballero de la casa de Benavides, muy querido del monarca. Nadie pudo dar razón de semejante acto ni pista de sus matadores, a pesar de lo mucho que se estudió el caso. El único indicio, débil y remoto, era que dos jóvenes hermanos de la estirpe de los Carvajal se habían ausentado de la ciudad con prisas, justo después del crimen.

Sucedió que dos meses después, los muchachos se hallaban en Martos cuando Fernando emprendió su campaña militar por tierras de Jaén. Nadie parecía recordar ya el incidente, salvo el rey, quien al saber de la presencia cercana de los mancebos se puso de inmediato en camino hacia la villa. Sin dar cuenta de otras intenciones, ordenó a varios de sus fieles que se llegaran con él para prender a los hermanos y formarles juicio.

Una vez llegado a Martos, sin embargo, mandó a sus sayones que los buscaran, y una vez encontrados, los maniatasen al descuido cargándoles de cadenas. Los Carvajales fueron llevados a empellones a presencia del rey y acusados en el acto de asesinato sin pruebas, en una farsa judicial sin testigos ni defensa. Fernando dictó la sentencia. Los condenaba a muerte.

No contento con ordenar que los atónitos muchachos fueran ejecutados, mandó que los subieran a una roca, que aún puede verse a las afueras de la ciudad, para despeñarlos él mismo.

Los hermanos clamaban su inocencia y rogaban por su vida mientras eran conducidos a lomos de una mula hasta lo alto de la peña. Una vez allí, fueron arrojados al suelo y arrastrados por la cabellera al borde del precipicio entre los insultos y denuestos del rey, que los molía a patadones.

Su rabia mezquina brotaba incontenible. Allí tenía, a su merced, a dos caballeritos muy solicitados por las damas, hermosos de cuerpo y rancios de estirpe, altivos e intocables, ahora desgñados, llorosos y sanguinolentos.

- Cerdos, bellacos, hideputas... vais a saber lo que vale atentar contra la ley del rey.

- ¡Piedad, señor! No fuimos nosotros ¡Por las llagas de Cristo! No hemos matado a nadie.

Al llegar al lugar del suplicio, los jóvenes redoblaron sus gritos pidiendo justicia y que les dejaran demostrar su inocencia. Los presentes estaban impresionados por la crueldad del monarca hacia aquellos desdichados. No lo decían sus lenguas aduladoras, pero les repugnaba la forma cínica de procesarlos y el modo de acabar con ellos, muy lejos de los usos militares y de la caballería. Los chicos eran de una familia noble y leal. No deberían ser tratados así.

Justo cuando Fernando se acercaba al mayor para empujarlo con su pie, éste se volvió y le maldijo con graves y solemnes palabras.

- Nosotros morimos por tu crueldad, pero tú, reyezuelo, pagarás con tu vida la afrenta que cometes y antes de treinta días habrás de ser juzgado por Dios.

Todos quedaron pasmados al oír la sentencia, pronunciada con total convencimiento. Al más joven le produjo un efecto como de bálsamo sobre su angustia y al instante, su pánico cesó. Enderezándose, mostró en su hermoso rostro la sonrisa del triunfo como un mártir de la Antigüedad y desafió al monarca.

Fernando pareció vacilar, descompuso el gesto, se acercó un poco, y por fin con un fuerte empujón arrojó a sus víctimas por el precipicio.

Pasado el tiempo de una luna el rey murió.

Por las bóvedas del viejo alcázar de Valladolid, entre los fogones y las caballerizas, los susurros de los criados se hicieron clamor. "Treinta días ha de lo de Martos, los Carvajales dictaron sentencia", "Treinta justos le dieron cuando lo emplazaron". "Dios lo ha querido, por Su justicia y la mala sangre del rey".

María conoció los rumores por Isabela Henríquez, el aya viuda que se ocupaba de vestirla junto a un escaso grupo de camareras. Ellas se cuidaban de que estuviera siempre informada de lo que se decía entre los menestrales, aunque le doliera. Así se lo habían jurado.

No es que creyese la reina en el poder ejecutorio de una maldición *in articulo mortis*, aunque siempre rogó mucho a Dios para que perdonara la ciega destemplanza de su hijo, sus arrebatos de cólera. Y aunque daba que pensar la fecha exacta, tampoco hacía falta que lo emplazaran los desventurados

muchachos. Bien sabía ella que Fernando estaba mortalmente enfermo, como lo estuvo su padre, y que la tisis⁴ acabaría con él. Pero jamás hubiera creído que fuera tan pronto.

Si pudiese ser tan fácil emplazar a quien provoca injustamente una muerte, muchos de sus parientes ya estarían enterrados.

No todos pensaban lo mismo.

El joven catalán Roger d'Estartet, asiduo en las francachelas del difunto rey, se tomó muy en serio el episodio de Martos, tratando en vano de advertir a su señor. Descendiente de almogávares⁵ que hicieron fortuna en Bizancio, se alistó en las filas templarias de Aragón siendo muy joven y vistió el blanco hábito de la orden hasta su disolución por el Vaticano hacía poco más de un año. Tenía amigos entre los que aún resistían en el castillo de Miravet, a orillas del Ebro, sin acatar la orden papal.

Y conocía los saberes herméticos que el Temple trató de preservar.

Algo que siempre había oído con sobrecogimiento eran precisamente historias de maldiciones que se habían cumplido. En la orden, se admitía que la naturaleza humana poseía sobrada capacidad para sentenciar la vida de un semejante, si éste atentaba sobre su víctima de manera injusta. Y se sabía que los Carvajales habían sido criados en fortalezas templarias.

Roger mostró al rey la conveniencia de apartarse una semana en algún monasterio para purificarse y ser perdonado por el Más Allá, pero Fernando no hizo caso de tales consejos. La Orden del Temple había sido proscrita por hereje

⁴ Tanto Sancho el Fuerte como Fernando el Emplazado murieron de tuberculosis pulmonar.

⁵ Tropas escogidas de mercenarios montañeses catalanes, a quienes más tarde se unieron valencianos, mallorquines, aragoneses y en menor medida navarros. En el siglo XIII derrotaron a los francos en Sicilia, apoyando los derechos del rey aragonés Pedro III el Grande frente a Carlos de Anjou, hazaña por la que ganaron justa fama y fueron llamados a Bizancio por el emperador Andrónico II para defenderle de los otomanos. Su jefe más famoso fue Roger de Flor y en Oriente se hicieron célebres por sus saqueos y atrocidades, lo que motivó con el correr del tiempo que surgiera uno de los focos más virulentos de la *Leyenda Negra* contra la crueldad de los españoles.

y para él había sido un verdadero regalo del cielo. No era cuestión de darles la razón ahora, después de quedarse con la mitad de sus riquezas.

Los tiempos dieron la razón a Roger d'Estartet.

Y no sólo en la persona de Fernando, muerto a los treinta días exactos de la maldición -uno de los rasgos más sorprendentes de esas sentencias era que se cumplían a rajatabla los plazos estipulados- y por esta razón llamado *El Emplazado*. El propio Gran Maestre demostró su poder años después, cuando al encarar la muerte maldijo al codicioso Felipe de Francia y al pusilánime papa Clemente V.

Pero no todo eran prácticas siniestras entre los templarios. Roger pensaba en sus amigos Bertrand de Longa y Gérard de Caux, dos idealistas que buscaban la perfección espiritual en el Temple, presos ahora en Lyon. Sólo hacía un año que habían pasado en Cahors por el rito de recepción en la Orden, unas palabras que podían desanimar a los más pusilánimes:

¿Deseáis la compañía de la Orden del Temple y el gozo de sus bienes? Mirad que lo que buscáis es empresa dura y tal vez no sepáis los rígidos preceptos que nos gobiernan. Vosotros veis desde fuera la gloria, mas no la austeridad y disciplina de dentro. Pues cuando queráis estar a este lado del mar, iréis al otro. Y cuando deseéis dormir, habréis de permanecer despiertos. Y seguir hambrientos cuando tengáis ansia de comer. ¿Podréis soportarlo?

Decididos a entrar en la milicia devota que les ofrecía la comunidad viril de los monjes guerreros, Gérard y Bertrand, dos idealistas a quienes unía una íntima amistad según dijeron luego los legajos del juicio, respondieron que sí, a pesar de que el insidioso proceso contra la Orden estaba en marcha desde hacía cuatro años, por mandato del Cristianísimo rey de Francia Felipe IV El Hermoso. Durante la ceremonia, el maestre Guigo Adema les fue enunciando las condiciones y los impedimentos:

Debemos saber si creéis en la fe de la Iglesia de Roma; si estáis sujetos a órdenes sagradas o al vínculo del matrimonio; si pertenecéis a la nobleza y sois fruto de

matrimonio legítimo. Declarad si habéis sido excomulgados, si habéis prometido algo o hecho regalos a algún hermano de la Orden para ser recibidos entre nosotros; si sufrís alguna enfermedad oculta y si tenéis contraídas deudas ya sea por vuestra cuenta o por la de otros.

Los aspirantes contestaron que eran libres, nobles, nacidos en legítima cuna y que no sufrían ninguna de las trabas mencionadas.

Tales eran los preliminares del juramento templario, por más que los malévolos murmuraran que durante el rito los candidatos escupían en la cruz, abjuraban de la Virgen y los santos y cometían actos obscenos. Lo que contaban los pocos adeptos que abandonaban la Orden y lograban sobrevivir era fácil de manipular. Se adobaba bien de lujuria, para dar más morbo al populacho, y así las rarezas de aquellos batallones herméticos daban pábulo a multitud de chismes. ¿Eran calumnias insidiosas, verdades, o errores de interpretación? ¿Por qué insistían en mantener sus costumbres secretas?.

Lo cierto es que los templarios eran hombres esforzados, celosos de su honra y sedientos de gloria militar. Como en todas las hermandades fanáticas, cristianas o paganas, profesaban amor sin límite a su dios, fe ciega en el profeta y obediencia absoluta al gran maestro. Cumplían con resignación los mandatos generales de la orden: no poseer nada, abstenerse de mujeres y estar siempre dispuestos al combate. De hecho dormían vestidos en salas de veinte o treinta, los jóvenes separados entre sí por los más viejos, y acudían a los rezos de maitines, laudes y vísperas como sus hermanos benedictinos.

Roger d'Estartet lo sabía bien, pues fue la dureza de la regla lo que le impidió seguir entre los templarios. Hijo único, había sido criado con mimos, extremada limpieza y un pudor que le hacía sufrir demasiado en la vida en común. A pesar de compartir sus ideales de entrega a Dios y lucha contra el infiel, no entendía por qué había de sufrir el cuerpo y el espíritu proscribiendo a las mujeres, esos seres angélicos, ni lavarse más a menudo. Claro que él no había combatido en Tierra Santa y no conocía las exigencias de la disciplina bélica.

Pues los templarios eran ante todo soldados. No eran frailes como los del Císter o Cluny, sino milicianos entregados a la causa de Dios. Pero cuando los cristianos perdieron el reino de Jerusalén y su papel quedó relegado a meros enfermeros, tuvieron que encaminar sus pasos hacia Occidente. Habían adquirido con el tiempo el conocimiento de los viejos arcanos aprendidos de árabes y judíos, una sabiduría recogida de las ruinas del Templo de Salomón que les ayudó a construir grandes fortalezas en las que preservar su modo de vida, su mundo y la custodia de los saberes ocultos. Con habilidad, consiguieron ser independientes del poder de reyes y señores. Sólo debían obediencia al papa.

Gérard y Bertrand no llegaron a participar del grupo de los exquisitos, pero Roger D'Estartet sí. Aunque en la Corona de Aragón la vida templaria no llegó a desarrollarse del todo, y menos aún en Castilla, Roger había pasado varios años de noviciado en Francia. Allí conoció y tomó parte en los ritos de exaltación de la amistad, con libaciones, trances y una suerte de erotismo pagano similar a la liturgia griega en los misterios de Mitra y heredero de los juramentos de los amigos en Esparta.

Aún recordaba con pavor cómo en cierta ocasión introdujeron a un joven postulante, completamente desnudo, en un gran hoyo que siempre estaba cubierto de ramas al otro lado del ábside. Luego colocaron el cuerpo de un buey sacrificado encima, sujeto por pértigas, y entonces el hermano mayor seccionó las venas del animal dejando que aquel líquido viscoso y aún caliente cayera encima del cuerpo del muchacho, mientras éste peroraba y cantaba en una lengua extraña. Al cabo de un rato de cánticos e invocaciones los demás lo sacaron y abrazaron, secándolo mientras le acariciaban y susurraban dulces palabras, besándolo y desatando su sensualidad.

Había, en efecto, una sexualidad jerárquica que se ejercía con los más jóvenes, siempre de forma voluntaria y cuyo conocimiento no debía traspasar los recios muros de la casa común. A menudo los que gozaban con los efebos - ya fueran aspirantes a monjes o educandos púberes, que los había en gran cantidad en los castillos enviados por familias nobles- y procuraban su

educación, formaban piña aparte, una comunidad en modo alguno relegada, pues muchos eran de los principales de la Orden.

Pero existían mayores secretos. Estaban reservados a los sabios y versaban sobre poderes extraordinarios que tampoco podían ser desvelados. Tras semanas de ayuno, ingestiones de hongos que recolectaban con celo en cada estación y mucho cocimiento de hierbas con polvo mineral, los más santos alcanzaban tal comunión con la Naturaleza y gracia ante la divinidad que podían sanar a los enfermos, ver a través de las paredes, mover objetos y producir visiones o someter a las personas a estados de postración en los que obedecían sus órdenes.

Llegaban incluso a poseer el más temible de todos los poderes: maldecir al impío y provocar su muerte.

Todo esto formaba parte del sigilo que debía guardarse ante los ojos del mundo. Las gentes vulgares preocupadas por el subsistir diario, los mercaderes que luchaban por sobrevivir en un mundo de constantes sobresaltos, los campesinos amenazados por hambrunas y saqueos, no estaban preparados para comprender su misticismo. Tampoco la Iglesia, ni el poder temporal, estaban dispuestos a tolerarlo.

En septiembre de 1307 Felipe de Valois dio órdenes secretas a sus bailes y senescales para vigilar a los jefes templarios. Su codicia no tenía límite. Deseaba acumular toda la riqueza posible para imponerse al emperador y convertirse en el más poderoso monarca de la cristiandad. Ya contaba con el dinero confiscado a los hebreos, expulsados el año anterior y con los impuestos arrebatados a los comerciantes teutones. Sólo faltaban por caer en sus manos las cuantiosas propiedades de los templarios.

Además de codicioso, Felipe era un consumado cínico. Decía que su particular cruzada era prueba de profunda religiosidad. Como paladín de Cristo había expulsado a los judíos, el pueblo maldito que había matado a Jesús

y merecía persecución eterna. Los templarios, bajo el aparente manto protector de los Santos Lugares, no eran más que una secta herética que escupía sobre la cruz.

Lo que no decía el taimado monarca era que tanto unos como otros ejercían de depositarios y prestamistas de dinero, que sus cofres estaban repletos de oro, y que era aquello, por encima de otras consideraciones, lo que en realidad anhelaba.

La Orden del Temple había nacido cuando las peregrinaciones a Tierra Santa se hicieron comunes entre los reinos de Europa. A partir del año 1000 las masas de peregrinos acudían a Jerusalén para sentir la Pasión en los mismos lugares en los que el Mesías sufrió tormento y derramó su sangre. Movidos por la religiosidad a ultranza y el miedo que produjo el fin del milenio, las caravanas eran cada vez más numerosas. Durante los primeros años el viaje fue tolerable, a pesar de las jornadas agotadoras, el acoso de las enfermedades y el peligro de los salteadores. Evitaban las poblaciones y se protegían con escoltas proporcionadas por algún noble piadoso.

Al principio, los monarcas abasíes de Bagdag toleraron las pacíficas incursiones en sus dominios por los beneficios que procurarían al comercio y porque les traían noticias de sus hermanos en el extremo ibérico de Al-Andalus. A mediados de siglo, el signo cambió. Los turcos seleúcidas se enzarzaron contra el imperio bizantino y los árabes y la zona quedó sumida en el caos de la guerra. Las rutas eran peligrosas o estaban cortadas y los pocos que volvían contaban horribles suplicios o pedían enormes sumas de dinero para rescatar a compañeros cautivos.

Las noticias de Tierra Santa hicieron mella en la conciencia de la cristiandad y la idea de dar un escarmiento a los infieles como hacían los cristianos de Spania se hizo avasalladora. Incluso cuando la situación mejoró, las historias de las calamidades sufridas por los peregrinos a manos de los sarracenos continuaron circulando, a menudo exageradas desde los púlpitos. La indignación europea fue creciendo y los caballeros más idealistas se mostraron entusiasmados ante la proclama de acudir a Jerusalén y rescatar los Santos

Lugares. La cruzada inflamaba el espíritu caballeresco pero también las aspiraciones imperiales de los cada vez más poderosos reinos medievales. Entre las voces que clamaron por la guerra santa destacó la de Bernardo de Claraval, el reformador del Císter cuya autoridad era tan grande que había sido llamado por el Vaticano para intervenir en la disputa por la tiara pontificia entre el obispo Anacleto e Inocencio II. Un éxito que reforzó el carisma de aquel hombre especial, que supo arrastrar a las filas benedictinas a su padre viudo y a cuatro de sus hermanos, siendo aún mozo apuesto y solicitado en su castillo natal.

El furor de la campaña desatada por Bernardo fue tal que el rey francés Luis el Joven y el emperador Conrado III, tomaron la cruz y acompañaron a los caballeros en su expedición a las tierras del Cuarto Creciente. Justo antes de que acabara el siglo, en julio de 1099, y a los tres años de haber empezado la empresa de las Cruzadas, se cumplía su principal objetivo: la conquista de Jerusalén y la creación de un reino cristiano al abrigo del Islam.

A pesar de las promesas de piedad de los vencedores, la matanza fue tremenda. La población musulmana y judía fue pasada a cuchillo sin piedad y perseguida hasta el antiguo Templo de Salomón donde se libró la batalla final, la más encarnizada. Allí, en la reconvertida mezquita, se habían guarecido los últimos resistentes con la vana esperanza de que los cristianos respetaran un lugar sagrado. Fueron aniquilados. Un caballero francés presente en la refriega escribió en los anales de la jornada una frase contrita que la resumía: "La carnicería fue tal, que a los nuestros les llegaba la sangre por los tobillos". El reino de Jerusalén se mantuvo gracias al apoyo militar y los penitentes que habían hecho voto de rezar ante el Sepulcro de Cristo pudieron seguir haciéndolo sin ser molestados.

Quedaba el problema de las rutas. Para asegurarlas, Hugo de Payens concibió su Orden de los Pobres Soldados de Cristo, una semilla que germinó en fortísimos retoños de comunidades religiosas entregadas al servicio del prójimo y no encerradas en un mundo contemplativo de adoración y plegarias. Como ha ocurrido con todas las grandes órdenes, su origen fue bastante modesto. Sólo eran siete los caballeros que siguieron a Hugo en su deseo de

crear una legión de monjes-soldados. Pero el ejemplo de aquellos esforzados idealistas cundió entre las filas cristianas y pronto el número superó el centenar. Además de las escaramuzas contra los sarracenos, de las que solían salir victoriosos gracias a su caballería acorazada y a la táctica de guerrillas, empezaron a preocuparse por el cuidado de los numerosos enfermos que las penurias del camino y el ayuno prolongado provocaban. Para que dispusieran de lugares apropiados, el rey Balduino II les concedió unas casas junto a las mezquitas de Koubet-al-Sakhara y Koubet-al-Aska, en el antiguo solar del templo de Salomón. Por esta razón tomaron su nombre del *Temple* y sus caballeros fueron llamados "templarios", para distinguirlos de los "hospitalarios", la orden similar creada para atender sólo a los enfermos.

Como no querían retirarse del mundo para alabar al Señor, a la manera de los eremitas del desierto o los que poblaban los cenobios bajo la regla de San Benito, sino combatir por Cristo, dedicaban la mitad de su tiempo a ejercitarse para la guerra. Mitad monjes, mitad soldados, desarrollaron su fuerte camaradería en las condiciones adversas en que nacieron. Dios era la meta final, pero hasta ella había muchas otras preocupaciones.

El éxito hizo que la fiebre por alistarse se extendiera por Europa, entre jóvenes ardientes de amor a Cristo o maduros caballeros desengañados de los espejismos de la vida. El sacrificio por los demás, la fácil convivencia masculina con sus reglas estrictas en un mundo organizado y seguro y el afán de aventuras, formaban un mejunje atractivo en aquellos tiempos, un horizonte liberador de la realidad cotidiana monótona y sin estímulos. El prestigio de la orden creció de tal manera que el propio Bernardo de Claraval dictó su regla, inspirada en la del Císter.

El Concilio de Troyes dio su aprobación a los reglamentos, creyendo que de esta manera quedaría sujeta a la jerarquía de la Iglesia. Incluso la santificaba San Bernardo, que siempre predicó en contra de la institución de la caballería guerrera, a la que presentaba como *gran error y locura intolerable de unos hombres que luchan a costa de grandes gastos y trabajos sin recompensa alguna si no es la muerte*. Así, los propósitos caballerescos de lograr fama postrera, gloria ante las

damas y épica para trovadores o los aún más terrenales de ganancia material en posesiones y honores, quedaban santificados en la noble lid por el verdadero Dios. Bernardo llegó a justificar la violencia de esta milicia en su tratado *De laudibus novae militiae*, exonerando a la Orden del Temple de la culpa por las muertes que sus hermanos pudieran ocasionar: *Ellos pueden librar los combates del Señor. Que maten al enemigo o mueran no debe causarles temor. Aceptar la muerte por Cristo o darla a sus enemigos no es sino gloria: no es delito. El soldado de Cristo tiene un motivo para llevar la espada. Si da muerte al malvado, el soldado no es homicida. Reconozcamos en él al vengador de Dios y al libertador de los cristianos.* Es evidente que el santo francés tenía más apego a los códigos militares feudales de lo él que creía.

En vista del tropel de postulantes, la aplicación de la regla se hizo estricta. Los novicios debían esperar largas temporadas al servicio de los que eran ya caballeros, atendiendo a las tareas de intendencia y mantenimiento de enseres y caballerías con la consigna de purificar sus anhelos materiales y entregarse a la voluntad del Señor. Una vez admitidos, hacían votos de pobreza, castidad y obediencia y comenzaban la vida en común con sus compañeros en un clima de austeridad monacal y rudeza militar. Un escritor anónimo de la época ilustra bien cómo eran: *Llevan los hábitos que sus superiores les han dado y no ambicionan otros vestidos ni otro alimento que el que tienen; viven juntos sin mujeres ni hijos, bajo el mismo techo y sin nada que les sea propio, ni siquiera la voluntad. Ninguno es inferior entre ellos. Honran al mejor, no al más noble. Cortan sus cabellos; no se les ve nunca peinados; se lavan poco. Van con la barba hirsuta, manchados de polvo y apestando a sudor".*

Desde luego, hacían honor a su divisa *Non nobis Domine, sed Nomini tuo da gloriam*⁶, pues hasta en sus usos militares tenían mandatos estrictos de obligado cumplimiento: en combate, debajo del manto blanco con la cruz roja al hombro, debían llevar siempre su armadura y no podían rehusar la lucha, aunque el enemigo fuese tres veces superior y si caían prisioneros no podían pedir rescate ni ser liberados por dinero, razón por la que eran ejecutados sin

⁶ "Nada para nosotros, Señor, sino la gloria que da Tu Nombre"

miramientos cuando ocurría. Al morir, eran sepultados en fosa común, sin ataúd y el cadáver debía estar con la boca hacia abajo.

En Occidente la orden tomó derroteros menos menesterosos. Al potencial militar añadió la utilidad bancaria de sus fortalezas, cuyos muros inexpugnables hacían que los dineros de los poderosos se encontraran a buen recaudo. Un capital que los templarios aumentaban con las numerosas donaciones que recibían y que no dudaron en prestar a reyes y magnates para sus empresas políticas.

En la Corona de Aragón fueron particularmente activos. Con el apoyo decidido de Alfonso el Batallador y Ramón Berenguer IV, llegaron a poseer 36 castillos y controlar el importante comercio de la sal. Actuaron como árbitros en el conflicto entre Pedro II y su madre Doña Sancha por la posesión de Ariza y años más tarde acudieron con este monarca a sus campañas contra los musulmanes. Guillén de Monredón, Gran Maestre de la Orden en la provincia aragonesa, custodió la minoría de Jaime I y sus caballeros fueron la vanguardia de sus brillantes conquistas en Valencia y Mallorca.

En Castilla y León los efectivos templarios fueron menores. Se establecieron en enclaves al norte del Tajo para prevenir las incursiones musulmanas, pero cuando Alfonso VII les concedió Calatrava no pudieron resistir el constante asedio de esta posición clave en la frontera con el Ándalus. Los ataques de los aguerridos almorávides se hicieron tan fuertes que los desmoralizados templarios tuvieron que abandonar el lugar. Un grupo de monjes cistercienses a las órdenes del abad de Citeaux, se comprometió a defender la fortaleza y así nació, en 1164, la Orden de Calatrava.

La altanera Castilla, fiel a su fundación por caballeros villanos que todo lo hacían sin intromisiones de nadie, creó su propia Orden de Santiago, no en vano tenían en Galicia su sepulcro santo al que llegaba un constante flujo de peregrinos. La orden fue hecha a imagen de los templarios y su maestrazgo consiguió tal importancia y rentas, que se lo disputaron durante siglos los magnates y la propia familia real.

A pesar de todo, no puede decirse que los templarios tuviesen escasa presencia en el reino castellano. Menos número sí, pero no menor importancia. En las Navas de Tolosa, donde los reyes peninsulares cristianos lucharon codo con codo, murió el Maestre de la provincia castellana Gómez Ramírez, inspirador de la estrategia de aquella memorable batalla. Pero la atención de la Orden estaba más en los pasos ganaderos que en la frontera musulmana, les interesaba más la riqueza de los rebaños de la Mesta que la empresa de la Reconquista. En Ponferrada construyeron su gran fortaleza, estableciendo valiosas relaciones con los grandes señores leoneses de Benavente, Coria, Lima, e incluso Alcañices, lo que les proporcionaba el control de la ruta comercial a la capital del condado portugués, Braganza. Pudieron permitirse financiar operaciones mercantiles de amplio alcance, cuando las donaciones aumentaron. Teresa Gil, la amante del rey de León, les entregó la villa de Griegos, quizá para congraciarse con quienes la vituperaban, y Fernando III regaló el castillo de Capilla al Maestre Esteban de Bellomonte, después de la conquista de Córdoba. Tras la toma de Sevilla, llegaron a poseer más de treinta encomiendas en el reino.

Eran envidiados por los ricoshombres a causa de sus enormes riquezas y por el común, ya que a ellos no les alcanzaba la ley de ningún señor. También en Castilla se decían cosas inauditas de ellos, que practicaban magia y realizaban extraños ritos, que escupían sobre la cruz y practicaban la sodomía.

Pero a pesar de que el edificio templario era sólido y nadie osaba atacarlo, en el país de los francos, sede y apoteosis de su poder, Felipe el Hermoso intrigaba contra ellos en los años tempranos de 1300. Sólo había alguien a quien los monjes obedecían, el Sumo Pontífice. Después de atentar en vano contra uno que se le resistió y conseguir la muerte del que le sucedió, trataba de influir en la nueva elección. A ése tenía que dominarlo.

El "rey de hierro" era inteligente, diestro en aniquilar adversarios y sojuzgar rebeldes, tan ambicioso como porfiado. Su especialidad eran los grandes procesos, amañados a su conveniencia, de los que siempre salía con algún enemigo menos y unos cuantos dineros más. Ya había conseguido

someter a los levantiscos flamencos y con igual firmeza se ocupaba de reforzar su débil economía alterando la moneda, expropiando a los judíos expulsados, limitando los beneficios de la Iglesia y explotando a la banca lombarda, a la que amenazaba sin cesar con la suspensión de pagos. El control del Temple habría de ser el feliz corolario a sus esfuerzos y una herencia impagable para sus tres hijos.

El concienzudo rey se aplicó a la tarea. Intentó que le concedieran el gran maestrazgo a su heredero, pero fue rechazado por el capítulo francés de la orden. Tampoco logró que el Papa fusionase a templarios y hospitalarios bajo la magistratura de otro hijo suyo. Felipe estaba exasperado y no sabía qué nuevas tretas urdir para someterlos. Su Guardasellos Real, el avieso y calculador Nogaret, intentaba tranquilizarle con sosegadas palabras.

- Ya se presentará la ocasión, monseñor, y sabremos aprovecharla. No lo dudéis.

- ¿Dudar? ¿cómo no voy a dudar? Si hasta me parece que ríen ante mis barbas. ¡Voto al diablo! Los imagino en sus conciliábulos brindando con sus mejores caldos por el estúpido rey de Francia.

- ¡Señor!

- ¡Basta! Deja de hacerte el escandalizado. Estoy seguro de que tú también lo piensas.

- ¿Pensar qué, mi señor?

- ¡Que soy un majadero, maldita sea! ¡Que no puedo acabar con ese atajo de condenados traidores, esa ralea de hábiles ladrones y redomados hipócritas!

El puñetazo que dio en la mesa el rey Felipe fue tan violento que la copa de vino que se hallaba al borde saltó derramando su contenido. La túnica se le manchó de rojo y su mano se resintió de otro golpe anterior. Molesto y dolorido, despidió al guardasellos con gesto hosco y fue hacia la ventana. Respiraba con dificultad y el viento húmedo que entraba por la celosía le tranquilizó un poco. Había que esperar, sí, y estar al acecho. Sólo confiaba en que la espera no fuera demasiado larga.

Una mañana de septiembre de 1307, tras haber despachado a unos emisarios con cartas para la reina de Castilla, vio cómo entraba Nogaret todo agitado, en su rostro pintado su gesto inconfundible de malicia.

- ¿Qué os ocurre mi fiel guardasellos? ¿Habéis ahorcado a alguien esta mañana?

Guillaume puso cara de modestia como si el rey le adulara. Hizo una reverencia al monarca, más untuosa que de costumbre, y luego mostró una sonrisa de complacencia que Felipe encontró de particular interés, aunque repugnante.

- Ah, pérfido, ya veo. Has sometido a tortura a alguna lugareña acusada de bruja.

El servidor seguía gesticulando y haciendo dengues. Saboreaba el triunfo de su embajada mientras el amo le hacía bromas a cada cual más grosera. Por fin el rey calló para dedicar a su edecán un ademán burlesco de concentrada atención.

- Está bien, os escucho, gran señor.

Embebido por lo que creía un halago a su importancia, el hombrecillo comenzó a sacudirse con displicencia pequeñas motas de polvo de su astroso jubón y a carraspear ostensiblemente. El espectáculo de aquel ser mínimo galleando ante su mismísima majestad sacó de sus casillas al impetuoso Felipe. De un arranque se levantó, cogió al guardasellos por el cinturón, lo levantó y miró a su ojos con furia desatada.

- ¿Hablarás de una vez apestoso mequetrefe, víbora repelente, brujo infame?

Nogaret no cesaba de sonreír, manteniendo irónico la intriga. Excitar a ese portento de hombre que ocupaba el trono de Francia, le procuraba un inmenso placer.

- La ocasión que tanto esperabais ha llegado, Alteza... Os agradezco vuestras consideradas palabras que honran a mi pobre persona y dan lustre a mi humilde nombre. Tal vez deberíais soltarme para que os comunicara...

Pero Felipe ya no escuchaba. Lo contemplaba atónito, incrédulo, ávido por preguntarle.

- Mi buen Nogaret -el tono de voz del monarca había descendido considerablemente- ¿Lo decís en serio? -asentimiento del guardasellos- ¿estáis seguro? -nuevo asentimiento, ahora más firme- ¡Bravo, canalla!

Y sin más, plantó un beso sonoro en la nariz a la sabandija que sostenía con los brazos. El hombrecillo tuvo un acceso de emoción inenarrable. Le había besado el rey más hermoso de la Cristiandad y eso que aún no le había dicho nada.

"Verdaderamente Nogaret -se dijo a sí mismo- eres un hombre notable".

Felipe lo depositó en el suelo con mimo, sacudiéndole él mismo las invisibles motas de polvo. El lacayo gesticulaba con las cejas y tosía, hasta que por fin habló.

- Mi buen rey, mi adorado señor, luz de la Cristiandad...-Como Felipe daba muestras de impacientarse de nuevo, Nogaret resolvió ir al grano y olvidar todo lo demás- ...tengo la prueba que necesitáis. Mucho más de lo que hubierais soñado.

Y con remilgado gesto, entre cortesano y mujeril, se dirigió hacia la puerta, la abrió de par en par y sin mirar al hombre que se hallaba esperando, dijo solemne:

- Pasad, maese Esquin de Floyrac.

La figura, alta y fuerte, avanzó hasta el centro de la pequeña sala. Hizo una reverencia al rey, una leve inclinación hacia el guardasellos y se detuvo muy tieso, con el mentón levantado y mirando al frente.

- Decid al rey todo lo que me habéis contado a mí.

Maese Floyrac quedó algo desconcertado. Suponía que era el rey quien iba a hacer las preguntas y estaba dispuesto a responder, pero no había pensado en hablar él solo. Empezó de forma inconexa, un poco titubeante, pero cuando vio que el monarca escuchaba con creciente interés, dando muestras de contento y hasta de triunfo, fue serenándose hasta que el relato le salió más fluido.

- Lo cierto, señor, es que yo mismo acudí a la ciudad de Lérida para advertir al rey Don Jaime, pero no quiso escucharme porque tiene su voluntad entregada a

los hombres que criaron a su padre. Sí, Alteza, los templarios en Aragón son tan poderosos como en vuestro reino, aunque no dan la cara sino que actúan por intermediarios. Durante la audiencia vi a un caballero susurrar cada respuesta al oído del rey.

- Y decís que mi querido primo no quiso escucharos...

- Bueno, veréis, escucharme sí me escuchó, pero no me creyó. Incluso llegó a decir que los héroes han sufrido siempre maledicencias y calumnias y que yo ardería en el infierno si continuaba difamando el nombre sagrado del Temple.

- ¡Nombre sagrado! Ese estúpido de Jaime no se parece en verdad a su padre. Pero decidme, maese Florian, o como os llaméis, ¿qué es exactamente lo que le dijisteis?

- Pues dije que los templarios ejecutan ritos ajenos a la religión y contrarios a lo que manda la Iglesia de Nuestro Señor. Que hacen escupir sobre la cruz a los adeptos y que los obligan a besar sus partes pudendas, sobre todo... en fin, ya me entendéis. Que sus presbíteros omiten las palabras de la Consagración en la Santa Misa y que, bueno, que... cometen sodomía.

- ¿Que fornican entre ellos, quieres decir? -exclamó exultante el monarca convencido de haber encontrado un filón.

- Más que entre ellos, con los adeptos, monseñor... que yo sepa.

- ¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes? -el rey se había levantado y le contemplaba con mirada inquisitiva y cómplice. Floyrac enrojeció, bajó la cabeza y murmuró unas palabras inaudibles- Habla más fuerte, en nombre de Cristo, quiero saber qué pruebas tienes.

- Es que yo también fui adepto -consiguió decir al fin el delator.

- Bien, bien, bien... -Felipe el Hermoso se frotaba las manos y daba grandes zancadas por la habitación. Tan pronto palmeaba la espalda al patibulario gigantón con frases como "¿así que adepto eh?" y soltaba una risita que desconcertaba al hombre, como iba hacia Nogaret y lo abrazaba. En uno de los abrazos no pudo reprimirse y se quitó uno de sus anillos para entregárselo como prueba irrefutable de su favor. Al exultante Nogaret no le cabía el alma en el pecho.

- Bien, bien... -volvió a decir el rey mirándolos. Y dando un portazo salió.

Las cosas iban por el mejor de los caminos, pensaba Felipe mientras despachaba un correo para el recién elegido papa. Por lo pronto, ya había conseguido que el Cónclave romano olvidara la trágica muerte del anterior y nombrara para el solio pontificio al arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got. Lo primero que hizo este gascón débil y asustadizo, que tomó el nombre de Clemente V, fue abandonar Roma por consejo del rey francés, argumentando que la Ciudad Eterna era pasto de conjuras.

Razones no le faltaban al pontífice. Su predecesor, Benedicto XI, había durado sólo unos meses y murió de forma sospechosa con el cuerpo amoratado. El papa anterior, Bonifacio VIII, un hombre voluntarioso y de carácter que se enfrentó sin remilgos a todos los monarcas europeos, había sufrido un atentado en 1303 a manos de un tal Guillaume de Nogaret, un oscuro agente del rey francés que desde entonces se había encumbrado en la corte gala. Los cardenales italianos recibieron presiones, promesas y abundante oro para que su voto se inclinara esta vez hacia el gascón. Del Colegio cardenalicio compuesto por trece cardenales italianos, dos franceses y uno castellano, le votaron diez.

La comitiva papal deambuló por el sur de Francia, buscando acomodo hasta que se celebrase el concilio de Vienne. Felipe rogaba al Pontífice que tuviera a bien instalarse en Avignon, una ciudad recoleta a orillas del Ródano próxima a la villa conciliar, en cuyo convento de dominicos sería recibido con devoción. Clemente accedió a la voluntad del rey manipulador, sin sospechar que su aquiescencia suponía el comienzo de una profunda crisis del papado, una etapa de setenta años lejos de Roma que la Iglesia conoce como La Segunda Cautividad de Babilonia.

El catorce de septiembre de 1307, Felipe IV de Francia ordenó arrestar a todos los templarios de su reino y entregarlos a la Inquisición que los sometió a tortura y llenó multitud de pliegos con las acusaciones más extravagantes. Aunque muchos de los freires se retractaron luego de lo confesado, asegurando que lo habían hecho bajo tormento, ya no les sirvió de nada. Cincuenta y cuatro

de ellos fueron condenados a la hoguera. De París salieron embajadores a las Cortes europeas para pedir a los príncipes que actuaran contra la Orden. La persecución empezó en el reino de Navarra, ligado a Francia. El rey de Aragón contestó que no haría nada sin orden papal, aunque finalmente procedió a su detención.

En Avignon, el Papa recibía al enviado de Felipe.

- Santidad, el rey me encarga que compruebe si estáis bien acomodado y me ordena que os provea con todo lo que podáis necesitar.
- Te lo agradezco, hijo mío.
- Os ruega que no desatendáis el negocio de los Templarios, pues aún es grande su poder y podrían reorganizarse en otros lugares de la Cristiandad.
- Así lo haré. Tu señor no debe preocuparse.
- Monseñor desearía que la fecha del concilio se fijara para el año que viene.
- Decidle al rey que lo tendré en cuenta.

El embajador se despidió besando los pies del Pontífice y saludando a los cardenales, uno de los cuales era tío suyo.

Clemente rogó que le dejaran solo para orar. Luego se dirigió hacia su reclinatorio, colocado bajo una cruz de madera sobre la que estaba clavada la imagen de un Cristo patético. Antes de alcanzar el almohadón, emitió un quejido angustiado y se arrojó al suelo con los brazos extendidos. Sus lágrimas mojaban las losas del empedrado. "Dios mío, no soy más que un pobre pecador débil y asustado. Haz que Tu luz prevalezca y que cuanto suceda sea para glorificar Tu nombre. Señor, Señor, sólo Tú puedes comprenderme y perdonarme".

El sínodo de Vienne se celebró en la fecha prevista y los padres conciliares declararon abolida la Orden del Temple. Sus cuantiosas riquezas se repartieron entre los Hospitalarios, los reyes y la propia Iglesia. En Aragón y Castilla dos concilios diferentes declararon la inocencia de los caballeros, lo que no evitó la confiscación de sus bienes. Tras algunas fricciones con el papa sobre el destino de rentas y fortalezas, en Castilla las heredó la Corona, en Portugal la Orden de Cristo, y en Aragón la de Montesa.

Pero aún había algunos dirigentes en las cárceles de la Inquisición y el rey francés no deseaba que quedaran vivos. Un fría mañana de marzo los habitantes de París vieron construir un gran estrado en el atrio de Notre Dâme y levantar numerosas piras en las isletas del Sena. Hacia el mediodía, una columna de freires templarios, dominicos de la Inquisición, soldados y curiosos, abarrotó el lugar.

Al frente de los condenados marchaba el Gran Maestre Jacobo de Molay. Cuando fueron a atarle las manos atrás, rogó a sus verdugos que lo hicieran por delante para así rezar a la Virgen y su voz, sin rastro de rabia, tranquilizó a sus seguidores. Una vez sujeto al palo de ejecución pidió silencio y el griterío cesó. - Escuchadme. Dios sabe que morimos por la ambición de un rey perjuro y la debilidad de un pontífice falso -los soldados se miraron pero nadie dio la orden de hacerle callar. El silencio se hizo sobrecogedor- Él, en su infinita sabiduría y poder, sabrá vengar nuestra injusta muerte y yo os digo que antes de que acabe el año morirán quienes nos asesinan, todos, sin excepción. A vosotros, hermanos, os ruego que miréis el rostro de Nuestro Padre Jesús y entreguéis vuestra alma en paz.

El fuego crepitó y trepó por los resechos sarmientos sin que se oyera un solo lamento. El intenso calor que llenaba el aire no apartó a los asistentes que escucharon horrorizados el terrible anatema. Convencidos de que allí se consumía un trágico crimen, se postraron para rezar con voces apagadas y jaculatorias tristes. Algunos de los soldados lloraban. No podían comprender por qué se llevaba a la hoguera a unos militares ejemplares que habían sido el orgullo de Francia. Uno de ellos, los ojos arrasados, se encaró al público y gritó ¡Caiga sobre Felipe y sus descendientes la maldición de Dios! ¡El pueblo sabrá vengar la muerte de estos inocentes!. Luego, se echó a correr entre la multitud espantada.

El Papa Clemente V murió de repente apenas transcurrido un mes del martirio. Ocho meses después, Felipe IV lo seguía a la tumba, a consecuencia de una fortuita caída del caballo. La misma suerte corrió Nogaret, el turbio ejecutor de todo el proceso. Esquieu de Floyrac fue apuñalado.

En pocos meses, los actores principales del drama desaparecieron tras el telón que obligó a bajar el Gran Maestre. Cuatrocientos setenta y nueve años más tarde, cuando la cabeza de Luis XVI rodó bajo la guillotina no muy lejos de aquel lugar, uno de los soldados se abrió paso entre sus compañeros, mojó sus dedos con la sangre del monarca y salpicándola sobre los congregados exclamó: "Yo te bautizo pueblo, en nombre de la libertad y de Jacobo de Molay!"

Tras la matanza, los reinos cristianos vivieron tiempos de incertidumbre y terror. La cátedra de Pedro se estableció en aquella encrucijada entre Francia e Italia que llegó a ser castillo de papas y centro de estudios, taller de arte, foco de cultura y hogar del primer humanismo. Por sus sólidos muros cruzaron genios que habrían de labrar los cimientos del Renacimiento como Petrarca. Pero Avignon fue también cuna del cisma de Occidente representado por el Papa Luna, el aragonés empeinado en seguir su extraviado mandato desde la soledad de su torre en Peñíscola.

Los Templarios dejaron de existir. Aquellos caballeros de quienes se decía que habían encontrado el Arca de la Alianza y rescatado los libros sagrados en los que Moisés transmitió los saberes egipcios al pueblo hebreo para su custodia, se habían entregado a una vida cada vez más secreta y peligrosa. La convivencia masculina estéril, en la que se instaló la homosexualidad como forma de entender una vida distinta de la de "fuera", fue la piedra maestra que sostuvo el andamiaje sobre el que se edificó su acusación. Las órdenes que heredaron su regla y castillos no fueron más que pálidas imitaciones vaciadas de esencia, al servicio del poder político. Sólo los francmasones que empezaban a organizarse entonces en torno a la construcción de catedrales, supieron recoger el espíritu de fraternidad y búsqueda de sabiduría universal por encima de credos y religiones, realizando grandes gestas por la libertad y el progreso de la humanidad. También sufrieron persecución y a menudo fueron desposeídos. Sus seguidores de hoy, como las

órdenes militares de las que tan sólo queda el uniforme, no son ni sombra de lo que un día fueron sus mayores.

Tras conocer la muerte de su hijo, la reina María de Molina se abandona a sus cavilaciones sin reparar en quien la rodea, tratando de reunir sus menguadas fuerzas. Atraviesa los largos corredores del alcázar vallisoletano, cruza explanadas y patios, sube a los torreones y se queda quieta en los soportales, las manos protegidas por el mitón de marta pues ya refresca, mientras la solícita Isabela va poniendo sobre su espalda un fino chal de vellón, que ella deja caer a cada paso sin darse cuenta. No consiente que la acompañen caballeros, damas ni consejeros. Todos la observan desde sus puestos, como personajes de una representación ya conocida. Dos ayas temblorosas pero resueltas, vigilan sus pasos a una prudente distancia, sin abrir la boca.

Muerto el rey, habrá muchos que quieran alzarse y discutir sus derechos. María sabe que el documento pontificio que guarda en el baúl de los herrajes va a facilitarle el camino. La bula del papa Bonifacio concediendo la dispensa al matrimonio con su primo Sancho le había costado años de esfuerzos y gran sufrimiento. También habilidad y mucho dinero. Desde 1301, aquel documento aseguraba la Corona de Castilla para ella y sus sucesores, sin que nadie pudiera tacharles de usurpadores.

Como madre, la muerte de Fernando en la flor de la edad le había arrancado la ilusión y vuelto la negra espalda de la existencia. Pero la reina debía contener el dolor, huir de la aniquilación y la tentación de abandono. Tenía que erguirse, levantarse, emprender de nuevo la tarea que el destino ponía entre sus manos. El comienzo del reinado de su nieto iba a parecerse demasiado al de su hijo, sólo que esta vez los aspirantes a tutores eran muchos más.

Al pasar por la puerta de las cocinas, sin reparar por donde caminaba, unas mujerucas rompieron el cerco de silencio y se acercaron compungidas para besarle el vestido y expresar su pésame. Ella se detuvo y las dejó hacer. Al

poco, una pequeña muchedumbre se abría paso a empujones para besar la mano de su reina y hacerle saber que no estaba sola. María de Molina sonreía, mientras pequeñas lágrimas de consuelo caían al fin por sus mejillas hundidas.

Un emisario jadeante interrumpió el entusiasmo de los sirvientes.

- Señora, Señora... os esperan en la sala de Audiencias. Son los hombres del Concejo de la ciudad.

La reina hizo un último saludo y se dirigió al interior del alcázar. No temía ninguna rebeldía de sus fieles concejales, pero desconfiaba de las maquinaciones de su anciana suegra, la teutona y contumaz reina Violante viuda de Alfonso X. Tampoco se fiaba mucho de las veleidades de su nuera portuguesa la reina Constanza, débil presa para los conspiradores.

Cuando entró en la sala los hombres hincaron la rodilla en tierra. María subió al estrado sin mirarlos, con la vista baja, para que no le traicionaran de nuevo las lágrimas. El más anciano de aquellos *hombres buenos*⁷, se adelantó unos pasos hacia ella, carraspeó, y soltó de un tirón el discurso aprendido.

- Señora Doña María, Reina de Castilla y soberana nuestra. Henos aquí postrados ante vuestra presencia, humildes y apesadumbrados pero firmes en nuestra lealtad y apoyo, ayuntados en junta para socorremos en cuanto hayáis menester y deseosos de participaros nuestras condolencias por la muerte, tan temprana, del Rey Don Fernando que Dios haya en Su Gloria.

Mientras desgranaba a duras penas su parlamento, María contemplaba las caras curtidas de aquellos hombres a quienes conocía bien. Al concluir el anciano, uno de ellos exclamó, con toda la fuerza de su voz varonil:

- ¡Castilla por la Reina Doña María!

Todos corearon tres veces.

Otra garganta volvió a clamar, con juventud y renovados bríos, un nombre nuevo. La voz se elevó por toda la sala, salió por las ventanas y alcanzó dependencias, patios y caballerizas y a muchos se oyó responder al unísono:

- ¡Castilla por el Rey Alfonso!

⁷ Desde la fundación de Castilla como condado independiente, los procuradores o representantes de los concejos eran llamados así, pues ésta era la cualidad que debían tener para merecer la confianza de sus convecinos, quienes con tal hombre les concedían una autoridad negociadora sin límite.

